

No en todo había cambiado don José. A los pocos meses de haber perdido la vista, servíale el desayuno una criada, admitida en la casa algunos días antes de tal desgracia. Incorporóse en la cama el enfermo, y extendiendo hacia ella los brazos, tratando de acariciarla, dijo:

—¡Ven, oye, muchacha!... ¡Eres la última, la última que vi!

Salió la sirvienta corriendo del cuarto y encontróse con doña Socorro, que adivinando lo que pasaba, murmuró:

—¡Dios mío, Dios mío, siempre el mismo!

Y acercó á los ojos el pañuelo, un pañuelo siempre húmedo...



## V

A pesar de la alegría juvenil de Ana, la vivienda de los señores de Hermida era triste. Don José, exhalando siempre los miasmas de sus melancolías, era como un foco corrompido que infestaba el ambiente; y doña Socorro, siempre resignada con su provisión de penas añejas, no disponía de un rayo alegre que iluminara las obscuridades de su rostro y las penumbras de su casa...

En los primeros meses de matrimonio, vivió engañada acerca de la conducta de su esposo; pero el primer vislumbre, el primer atisbo de la verdad desconsoladora, fué para ella un relám-

pago que hiera la vista... pero alumbra. Vió claro desde entonces. El relámpago dejó de serlo para convertirse en lámpara; huyeron las dudas, las sospechas, y doña Socorro en adelante vivió en continua excitación y desasosiego.

En las noches de invierno, mientras don José trasnochaba como de costumbre, sin acordarse del hogar, había en él una mujer desvelada, con el oído atento á todos los rumores, y que, muy experta en estas vigiliás, conocía todos los ruidos nocturnos... «Ese es el gato que salta de la mesa... Esas son las pisadas del vecino»... Conocía bien la soledad doña Socorro; pero no la soledad apacible que robustece el alma haciéndonos pensar, sino la que produce inquietud y presagia desgracias... Sola, en horas de espera, había bordado tres marcos para nimbar con un recuerdo suyo los retratos de sus hijos muertos... ¡Cuántos sollozos que nadie oyó!... ¡Cuántas horas habían pasado aquellos ojos de madre fijos en los retratos, hasta que las lágrimas tendían un velo por la vista, empañando las imágenes adoradas! A altas horas de la noche íbase al lecho, rendida y angustiada,

porque la *delicadeza* de don José, no consentía tales insomnios.

—No faltaba más... Tú acuéstate tranquila...

Allá, cerca del amanecer, oía el rechinar de la llave en la cerradura, y respiraba con fuerza... Sí, era él; subía de puntillas; oíalo toser, ahogando la tos... En los años primeros de vida conyugal, cuando el lecho era común, solía llegar don José medio helado, tiritando.

—¡Caracoles y qué frías están estas sábanas!...

—Vente á mi sitio. Estás como la nieve, Pepe...

Y doña Socorro, apartándose á un lado de la cama, ofrecíale aquel calor de sus carnes. Él aceptaba siempre.

Dos hijos y una hija había visto morir. Junto al lecho, cara á cara con las enfermedades, les había disputado el terreno palmo á palmo. Sin rendir los ojos al sueño, sin dejar la lucha un instante, agotando todo el amor de madre, supo arrojar el fuego de su alma sobre las frialdades y los hielos que la muerte derramaba sobre sus niños, hasta quedar débil, vencida, murmurando oraciones al

lado de *sus muertos*... Tres veces soportó esta escena. Recordaba bien los hombres extraños que andaban por la casa; los amigos que venían con la cara triste desde la puerta de la calle; el murmullo de la gente que esperaba el entierro, y después, el dolor á solas, el llanto en la cama, el sueño profundo de los grandes pesares, y el horrible *buenos días* que al despertar le daba la realidad cruel... En estos trances rudos, en que hace falta el rescoldo de un corazón fiel y amoroso, don José había tomado siempre el partido de aislarse, desentendiéndose de todo. Encerrábase en su despacho, y en él permanecía horas y más horas como un sonámbulo, envuelto en las nubes de humo de sus cigarros, hasta que doña Socorro iba á verle y lo hallaba desalentado, con huellas de lágrimas en los ojos. Los tres ó cuatro días siguientes, retirábase temprano; pero no tardaba en volver á las andadas. Entre la charla en el Casino y las emociones del juego, aquel dolor sagrado se extinguía lentamente; iba poco á poco desalojando el corazón, subiéndolo á la cabeza, y allí quedaba como un tenue recuerdo, entre tantos otros pla-

centeros que atesoraba don José. No era así el corazón de su esposa, que más bien parecía un asilo de penas, abierto siempre para recibir las, y sin un mal resquicio para dejarlas escapar.

Desde que Ana se había hecho mujer, de algún consuelo disfrutaba doña Socorro. A veces se la veía sonreír. Su hija había crecido en aquella atmósfera saturada de aflicción; pero no había presenciado Ana agitaciones y violencias entre sus padres, que tanto se graban y punzan en las almas infantiles. Don José era siempre *correcto*, á veces dulce en el trato con la familia. El mal que hacía jamás se tradujo en peloterías ni altercados. Ni una palabrota fea y brutal llegó nunca á los oídos de Ana. Doña Socorro veía y callaba, sin turbar nunca la paz con quejas ni reproches. Aquel hogar era como un océano helado, sin tempestades, sin borrascas, sin olas; pero con la frialdad de un carámbano inmenso.

A pesar de esto, el semblante de Ana era risueño. Los ojos eran un quitapesares; las mejillas eran tersas y rosadas, y aquella boca, que aun estando sería dejaba adivinar un escondrijo de sonrisas,

CAPILLA ALTA DE LA UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA

daban á su rostro gran animación y encanto. Ana no sacaba á relucir muy á menudo sus alegrías, porque le inspira-



ba temor y respeto la angustia oculta y mal disimulada que veía á su alrededor. Sólo en ocasiones, sentada al piano, abría de par en par las puertas de su alma al enjambre de diablillos revoltosos que había en ella. El pobre instrumento

había estado más de diez meses cubierto con un paño verde, respetando la enfermedad de don José, hasta que al fin un día, despojado de aquella vestidura que tan mal le sentaba, se descolgó murmurando tímidamente algunas melodías y acompañamientos suaves y tristes. Los galops alocados, las marchas arrogantes y jacarandosas, los pásacalles bullangueros entre cuyas notas se mezclaban antes las voces y los gritos de Ana, permanecieron olvidados en la papelera, como charlatanes amordazados. Un día el mismo magistrado, harto de tanta dulzura, dijo á la pianista, mientras ésta le servía el café:

—Pero, niña, ya que no puedo recrear la vista viéndote, no me regales los oídos con esas cosas tan serias y tristes... Toca algo vivo, vivo, como antes...

—Así quiero yo verte... Tienes razón. Desde mañana tocaré mis cosas...

Y salió del aposento muy contenta.

Y al día siguiente, después de revolver en el rimero de piezas musicales y de elegir una, sentóse al piano; y al ejecutar el prelude de una canción, en el cual se saboreaba la sal andaluza; cuando

con la cabeza levantada parecía recoger con los ojos la luz de aquella tierra, miró hacia un retrato de su padre que tenía enfrente, y pensando que su voz iba á romper, á hollar el silencio de aquella casa donde tanto se había llorado, calló: los dedos se le negaron á corretear por las teclas.

—No, no; en esta casa no,—dijo Ana riendo.—¡Pero lo que es en Rocamar! Allí todo, todo el repertorio...

Y cerró el piano.

Madre é hija salían poco de casa, porque no querían dejar á don José acompañado de criadas. De tarde en tarde, después de obscurecer, salían á las tiendas con el fin de hacer las compras necesarias. Estós esparcimientos eran del agrado de Ana, que sin ser aficionada al lujo excesivo, tenía, como todas las mujeres, su pizca de inclinación á los trapos. La vista de tantos colores; los cientos de cajas amontonadas en los anaqueles; el brillo de la sedería; las luces de gas; la cháchara interminable de los horteras; los saludos á la gente conocida que entraba y salía; las oleadas de tela que corrían por el mostrador, todo esto era

motivo para que Ana hablara más que de ordinario y oyera de buena gana los chistes de los comerciantes.

Después de una de estas correrías nocturnas, y mientras Ana se ponía el traje de casa y se arreglaba el pelo al espejo, doña Socorro, que descansaba en un sillón algo fatigada, dijo á la muchacha con acento de enfado bondadoso:

—Tengo que hablarte, y quién sabe si reñirte, Anita...

—¿Por qué, mamá?

—Hace días que tengo alguna sospecha, pero no se me ocurrió decirte nada... ¡Tiene una tantas cosas en qué pensar!... Vamos á ver, ¿quién es ese chico que no se quitó del escaparate cuando estábamos en el comercio y que luego ha venido siguiéndonos?

Aun cuando era su madre la que así le hablaba, Ana figuróse que le vaciaban el corazón con todos sus secretos en medio de la calle. Miró al espejo, y al verse muy colorada, avergonzóse más aún, como si la imagen fuese otro testigo más.

—Mamá, por Dios; no sé nada...

—Vamos, pues yo ahora casi lo sé

todo... Cuéntame la verdad, como siempre...

—Pues bien, sí,—dijo Ana con valentía,—te lo diré todo; pero créeme, no me atreví antes; quería y no podía...

Luego, arrojándose sobre su madre, la cubrió el rostro de besos, diciendo:

—Todo, todo te lo contaré con pelos y señales; pero ahora no; cuando estemos en la cama, á obscuras.

—Bueno; cuando tú quieras.

Y aquella misma noche Ana confesó con su madre, y salió á relucir todo, sin faltar un ápice. Dormían ambas en una alcoba pequeña, tal, que entre las dos camas sólo quedaba espacio para la mesa de noche. Podían hablarse en voz muy baja.

Cuatro meses hacía que Ana era novia de aquel muchacho que se llamaba Raimundo Osoro, y que no tenía ni fortuna, ni posición social; era muy joven, y acababa de hacerse abogado; pero en cambio era muy bueno, muy franco, y sobre todo, muy formal. Lo de formal, decíalo Ana subrayando la palabra á la cual daba ella gran importancia. Háblele conocido en casa de una amiga, y allí

solían hablarse, aunque no muy á menudo, pues de sobra sabía su madre que ella apenas visitaba á nadie.

En una pausa que hizo Ana para continuar su confidencia, se oyó la voz de doña Socorro, que saliendo de entre las mantas, dijo:

—El diablo son estas chiquillas...

Pero no fuera á creerse que Raimundo era como otros, no. Lo que es por la seriedad y buen juicio, parecía un señor de cuarenta años. Todos decían que era un joven de provecho, que de seguro llegaría á juez, subiría á magistrado... y á presidente de Sala... Y Ana figurábase á su novio trepando de escalón en escalón, hasta llegar al último peldaño de la escala judicial.

—Vaya con las niñas, vaya con las niñas...—murmuró doña Socorro; y luego dijo:—Vamos á ver, ¿y no recuerdas lo que te ha dicho tu padre acerca de ese joven amigo suyo que al parecer te mira con buenos ojos, y es rico, en fin, un buen partido?... Siempre obráis con ligereza...

—¿Habla usted de ese Numa Alvarado?

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA

—El mismo, niña... ¿No te parece...?  
—Sí, recuerdo, recuerdo lo que me dijo papá en broma muchas veces... ¡Pero



no puedo!... Con ese Numa, ¡ni cargado de oro!—exclamó Ana algo agitada.—Desde el café de enfrente me mira á veces como un tonto, y cuando viene á casa no me dice más que boberías... ¡Con ese, nada!

—Pero, niña...

—¡Si es que no puedo!... Ahora no coso en el balcón por no verle... ¡Qué quieres que haga!

Y hablaba emocionada, con voz temblorosa.

—Pues él te quiere, hija mía, y ya ves, como lleva tan buena amistad con Pepe, y como es persona de posición... Hay que pensarlo todo, niña, y poner con los cinco sentidos...

—No puedo, no puedo...

—Pues parece un buen muchacho...

—Dicen que es un perdido, un juga-

dor... No soy yo quien lo invento, mamá; lo dicen todos...

Debió de pasar entonces por la mente de doña Socorro el panorama de toda su triste vida, porque no contestó palabra.

—¿No te parece que hago bien?—preguntó Ana.

Y á esta frase siguió el mismo silencio.

—¿Te sientes mal, mamá, ó te da el sueño?

Y como nadie le contestara, Ana encendió rápidamente una cerilla. Doña Socorro, sacando las palabras á tirones de entre sus tristezas, dijo al fin:

—No es nada, niña... ¿Decías que es un perdido?

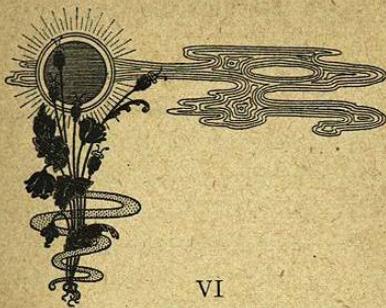
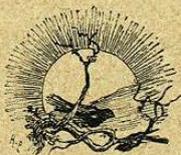
—Eso me han dicho... y es raro que siendo verdad sea tan amigo de las personas formales como papá; ¿no es cierto?

—Mañana hablaremos, Ana. Duérmete, hija, y descansa... Tengo sueño, mucho sueño...

Y mentía, porque después oró largo rato con toda la vehemencia de su alma; y pasó muchas horas presa de insomnio,

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

mortificada por un tropel de ideas; y vió la luz del alba que clareaba en los cristales de la galería, llegando muy suave y pálida hasta las rojas cortinas de su alcoba.



## VI

Aquel señorito, don Numa Alvaredo, que algunas tardes iba á tomar café con el señor Hermida, era un joven como de veintiocho á treinta años, que olía á cigarro habano y á cognac Martel desde media legua; y además era alto, lo-minhiesto, fuerte como un roble; y lo que era mejor aún, estaba cargado de millones. Solía pasear á caballo por las calles de Nuvareda, y al traqueteo de los cascos de su potro en el pavimento amorillado, salían á los balcones no pocas niñas casaderas, para recibir un saludo que Numa hacía con la solemnidad de un monarca aclamado por la muchedumbre. Sabía él, que así como se franqueaban á su paso muchas vidrieras, abrírfanse también los corazones de aquellas chicas